



#1

Junio 2020

# (Trans)Fronteriza

La etnografía  
en los estudios  
de frontera

Boletín del  
Grupo de Trabajo

**Fronteras:  
movilidades,  
identidades  
y comercios**



**CLACSO**

**PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO**

Bruno Miranda  
Mariela Díaz  
Yolanda Alfaro  
Patricia Ramos  
José Lindomar Coelho Albuquerque  
Handerson Joseph  
Héctor Parra García  
Gloria Marvic García  
Mariela Paula Díaz  
Miguel Canaza  
Roxana Rodríguez Ortiz

(Trans)Fronteriza : La etnografía en los estudios de frontera / Patricia Ramos... [et al.] ; coordinación general de Mariela Paula Díaz ; Yolanda Alfaro ; Bruno Miranda. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020. Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-722-621-8

1. Campo. 2. Personas Migrantes. 3. Etnografía. I. Ramos, Patricia. II. Díaz, Mariela Paula, coord. III. Alfaro, Yolanda, coord. IV. Miranda, Bruno, coord.  
CDD 305.8009



**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

### Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

### CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva  
Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial  
Gustavo Lema - Director de Comunicación e Información

### Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones  
Lucas Sablich - Coordinador Editorial  
María Leguizamón - Gestión Editorial  
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

### Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora  
Cecilia Gofman, Giovanni Daza, Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga  
y Tomás Bontempo.

ISBN 978-987-722-621-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina  
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



### Coordinadoras/es

**Bruno Miranda**  
México  
brunofemiranda@gmail.com

**Mariela Paula Díaz**  
Argentina  
madidip@gmail.com

**Yolanda Alfaro**  
Bolivia  
corredijolatortuga@gmail.com

# Contenido

## 5 Introducción

Bruno Miranda  
Mariela Díaz  
Yolanda Alfaro

Coordinadores del Grupo de Trabajo Fronteras:  
movilidades, identidades y comercios

## 9 Las agüitas de la esperanza

Apuntes de un diario de campo  
en la frontera sur del Ecuador

Patricia Ramos

## 19 Pesquisando fronteiras e construindo relações

Breves notas sobre trabalho de  
campo em regiões de fronteira

José Lindomar Coelho Albuquerque

## 26 Os migrantes haitianos na tríplice fronteira Brasil, Colômbia e Peru

Handerson Joseph

## 33 Entrampamiento migratorio de centroamericanos en Tijuana, México

Héctor Parra García

## 40 Etnografía en zonas de conflicto

Notas de campo sobre la frontera  
vertical

Gloria Marvic García

## 47 ¿La frontera urbana rural alteña?

Una experiencia de campo en  
Bolivia

Mariela Paula Díaz  
Miguel Canaza

## 56 Crónicas de viaje: Israel-Palestina

Roxana Rodríguez Ortiz

## 64 Grupo de Trabajo de CLACSO Fronteras: movilidades, identidades y comercios



# Introducción

Bruno Miranda  
Mariela Díaz  
Yolanda Alfaro

**Coordinadores del Grupo de Trabajo  
Fronteras: movilidades, identidades y comercios**

El Boletín *(Trans)Fronteriza* es un espacio para que las y los miembros del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios, puedan compartir los insumos, hallazgos y resultados de las investigaciones que realizan. Bajo los ejes analíticos que orientan el Grupo de Trabajo, nos interesa publicar textos que crucen de alguna manera las movilidades transfronterizas, las identidades puestas en juego en situaciones de frontera (material o simbólica) y también las mercancías que transitan entre mercados transfronterizos.

El primer número “La etnografía en los estudios de frontera” transmite los registros de diario de campo o los apuntes en cuadernos de notas realizados durante etnografías en las fronteras (en su sentido administrativo, territorial o identitario). Los textos se refieren en distintos grados a las trayectorias de las personas migrantes, describen los paisajes de frontera y cuentan sobre las interacciones con los y las interlocutoras en campo con fines meramente narrativos. Es decir, hemos convocado a textos que no fueran producto de sistematizaciones teóricas o metodológicas, sino más bien descripciones profundas del campo. La idea es en efecto modesta: queremos “abrir la cocina de la investigación”, haciendo alusión incluso a nuestros miedos, inseguridades y nuestro lugar de enunciación en campo.

Los textos presentados enseguida cubren diferentes espacios fronterizos.

Patricia Ramos nos sitúa en la frontera sur de Ecuador, a mirar unas movilidades entre las provincias El Oro y Cañar, registradas entre 2009 y 2013. La etnógrafa acompaña a vendedores de agua aromática atraídos por la dolarización de Ecuador y conforme su narración etnográfica avanza, nos involucra al punto de visualizar a Patricia en campo. Ella elabora una narrativa en forma de diario que da cuenta de los encuentros rutinarios con sus interlocutores y termina revelando el cotidiano de una zona fronteriza clave en el corredor migratorio extendido que se ha formado entre Sur-Centroamérica-México en la última década.

Lindomar Albuquerque y Handerson Joseph presentan etnografías realizadas en la tríplice frontera Brasil-Colombia-Perú, pero en distintos momentos y cuyos sujetos son diversos.

Entre las ciudades de Leticia (Colombia) y Tabatinga (Brasil), Lindomar narra cómo las riñas de gallo participan en el cotidiano fronterizo y cómo los pobladores se posicionan en las jerarquías nacionales y se resisten a ella a partir de esos eventos, generando identidades contrahegemónicas propias. Otro espacio estudiado por el autor es la frontera Brasil-Paraguay. En ambas, Lindomar revela la importancia de los encuentros casuales con personas que se convierten en interlocutores valiosos, y como el proceso de maduración de su trabajo lo ha llevado a enfocar en las trayectorias de pobladores fronterizos.

Handerson Joseph a su vez pudo etnografiar la tríplice frontera Brasil-Colombia-Perú en 2012, cuando miles de grupos y familias haitianas atravesaron la selva para llegar a las ciudades-capitales de Brasil luego del temblor de 2010. El etnógrafo describe los barrios de instalación de sus interlocutores haitianos en la ciudad de Tabatinga y los actores sociales que participan en el periplo migratorio desde Haití, entre ellos el *raketè* (agenciador de viaje). En especial, su material etnográfico devela el funcionamiento de la diáspora haitiana, dispersa espacialmente, pero conectada al interior entre sus partes para enviar remesas económicas a las personas en tránsito, sin importar el punto de asentamiento diaspórico (Nueva York, Miami, Guayana Francesa o Surinam).

Héctor Parra y Gloria Marvic nos trasladan al “territorio-frontera” mexicano. Interactuando con migrantes centroamericanos, ambos muestran cómo las casas de migrantes y albergues sirven de lugares de descanso y de espera para juntar recursos y armar redes de contactos antes de emprender un nuevo periplo hacia el país del Norte.

Las comunidades en el cruce de las rutas del tren son los espacios de observación de Gloria. Ella narra cómo su investigación tomó otra dirección ante la creciente violencia vivida entre vecinos y personas migrantes en dichas localidades. Impotente, decidió conceptualizar algo que escuchaba de las mismas personas centroamericanas en situación de movilidad: la “frontera vertical”. Héctor a su vez llega a uno de los principales cruces fronterizos entre México y los Estados Unidos (Tijuana – San Diego) para examinar las trayectorias migratorias de sujetos que convierten a Tijuana en escala. Entre sus hallazgos, Héctor revela cómo los albergues, más la inserción laboral temporal y las instituciones migratorias mexicanas conforman el entorno social del migrante centroamericano en espera.

El de Mariela Díaz y Miguel Canaza es un texto que trata de otro tipo de frontera. Situados en la ciudad altiplánica de El Alto, Bolivia, los autores se inmiscuyen en la hibridez que convierte el alteño en un territorio-frontera entre el mundo urbano y lo rural. Mariela y Miguel permiten visualizar cómo la producción agrícola en comunidades andinas es parte del sustento en la ciudad y cómo la misma ciudad produce espacios rururbanos en la periferia.

Finalizamos este primer número con crónicas de un viaje. Roxana Rodríguez es la responsable por recordarnos que el giro narrativo en las ciencias sociales y las humanidades suele acercar la etnografía a la literatura y viceversa. En un espacio fronterizo que, para esa epistemóloga de las fronteras, se asemeja a los cruces entre México y los Estados Unidos, Roxana parte desde Jerusalén hacia el territorio palestino controlado por Israel. Para ella, los inúmeros *checkpoints* que retazan continuamente a Cisjordania le hacen brotar imágenes del cruce de San Ysidro, entre Tijuana y San Diego. Roxana logra plasmar en pocas palabras algunas de las aristas de un proceso histórico complejo y neocolonial, a través de la

descripción de la transformación territorial provocada por los asentamientos israelíes en Palestina y por los campos de refugiados que surgen con la misma velocidad con la que desaparecen.

Espero disfruten de nuestro primer boletín.

Les deseamos buena lectura.

# Las agüitas de la esperanza

## Apuntes de un diario de campo en la frontera sur del Ecuador

Patricia Ramos\*

El presente documento se basa en mi investigación de tesis doctoral “Mujeres, circuitos y fronteras en el sur del Ecuador”, entre los años 2010 y 2014, que se interrogó si la relación entre representaciones y prácticas de género de las mujeres y el contexto migratorio influye en sus formas de ser actoras en las comunidades de partida de la migración internacional. Para esto se observó la construcción de las representaciones de género en dichas localidades, y la relación entre las fronteras físicas que ellas cruzan en sus periplos migratorios y sus fronteras subjetivas referidas al *deber ser* mujer.

El estudio observó mujeres ecuatorianas y de países vecinos que viven y/o transitan por las provincias de Cañar en la sierra sur, y El Oro en la

\* Universidad de Guayaquil, correo: mpramos64@gmail.com. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

costa sureste del país, frontera con Perú. El contexto de la investigación registra distintos tipos de movildades de mujeres y hombres ecuatorianos que migraron hacia el exterior, así como de otras nacionalidades que arribaron al país. Estos flujos cambian de manera constante, pues además de los retornos y las re-emigraciones de ecuatorianos, hay cambios en flujos de inmigración.

En ese sentido, la tradicional migración circular de peruanos se intensificó desde el año 1998 atraídos por la dolarización de la economía ecuatoriana; luego, a inicios de los años dos mil, se sumó el colectivo colombiano, como un rebote de los desplazamientos generados por violencia interna en dicho país. Finalmente, en el año 2018 el éxodo venezolano sorprendió las capacidades del control fronterizo local, y en un solo día la prensa calculó hasta dos mil personas represadas en el Centro Binacional de Atención Fronteriza (CEBAF) ubicado en Huaquillas, provincia de El Oro, en espera de atención para pasar a Perú. Dicho lugar fue punto clave en el tránsito de venezolanos que venían desde el norte rumbo al sur del continente, y además paso de reingreso de aquellos que no fueron acogidos en Perú. Parte de este colectivo se quedó en Huaquillas. Según el Fondo de Poblaciones de la ONU, en el 2018 se calculó la estadía de unas dos mil personas. Ya se los veía como parte de la vida cotidiana fronteriza, en el comercio informal y buscando iniciar su proceso de regularización, pero estas cifras podrían haberse alterado en el 2020 con la crisis sanitaria por el COVID-19, pues se ha visto en las noticias de periódicos cómo, en plena desprotección, reemprendieron el retorno a su lugar de origen.

Este reporte se centra en los diarios de campo del 2013 sobre las trayectorias migratorias de mujeres de Perú, que desde fines de los años noventa ingresaron con fuerza por El Oro y avanzaron hasta Cañar. Específicamente se centra en la observación a una vendedora de aguas de plantas, cuya historia refleja una experiencia de vida en el límite de sus fronteras subjetivas, entre la subordinación y un deseo de ruptura que no siempre se cumple.

La metodología se sustenta en la propuesta de Marcus (2001)<sup>1</sup> acerca de la etnografía multilocal, y de “seguir el objeto”, sus identificaciones y creencias. El texto comienza con una síntesis de mis observaciones en el puente internacional Zarumilla, que es el paso de frontera Ecuador-Perú a la altura de El Oro; esta fase inicial la resumo solo como un antecedente para dar paso a los diarios de campo sobre las vendedoras de aguas aromáticas en la ciudad de Cañar, provincia del mismo nombre. Los diarios están numerados, aunque no siempre son días consecutivos, pero sí es el orden en el que fueron realizados; en su mayoría contienen su redacción original elaborada en las frías noches cañaris luego de las observaciones diurnas, o en algún bus de retorno a casa.

## Huaquillas. Septiembre del 2013. Síntesis

En la ciudad de Huaquillas, provincia de El Oro, se encuentra el antiguo puente internacional sobre el río Zarumilla, tradicional paso de frontera entre Ecuador y Perú que ha dinamizado la economía local desde hace más de medio siglo. A dos kilómetros del centro se inauguró en el año 2011 el nuevo paso fronterizo, denominado Centro Binacional de Atención Fronteriza (CEBAF), en cuyos inicios transitaron cerca de 27 mil personas y unos 1.500 vehículos de manera regular y fluida según informes oficiales. A pesar de los temores de que Huaquillas moriría con la apertura del CEBAF, más bien su vida cotidiana y movilidades se complejizaron.

Así las cosas, por el viejo puente internacional Zarumilla aún se ve cientos de personas que fluyen entre uno y otro lado de la frontera, dejando estelas de nacionalidades inciertas, pues el lugar es zona de libre tránsito donde los pequeños vendedores circulan sin restricción. Hay venta de aguas, refrescos de piña y de naranja; dulces, huevos cocidos, pan con queso, empanadas, ceviches. Ropa, zapatos, peinillas, esmaltes, bisutería, cambio de monedas. Son alrededor de trescientas personas que

<sup>1</sup> Marcus, George E. (2001) “Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal”, *Alteridades*, n° 11, vol. 22, pp. 111-127. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

permanecen en el puente mientras ofrecen en venta sus mercaderías. Aparte están los ecuatorianos que cruzan hacia el lado peruano a comprar comida, zapatos o ropa, o la gente de Perú que llegan a Huaquillas a trabajar en el día en casas y almacenes y/o a vender productos en el centro de la ciudad. Además, se ve a caminantes de otras nacionalidades, sobre todo del sur del continente. En los lados del puente hay inspectores de aduanas que controlan el orden de la movilidad y paso de productos, tarea difícil. Es un poco tarde y hora de viajar hasta Santa Rosa, a una hora de Huaquillas, y de allí cuarenta y cinco minutos hasta la parroquia Buenavista, mi lugar de residencia.

La frontera es incierta si de localizar a la misma persona se trata, dejo el lugar para un segundo momento, pues me interesan aquellas mujeres que se han comenzado a adentrarse en Ecuador desde 1998. Avanzo a Machala, capital provincial de El Oro; allí, en el año 2009 entrevisté al presidente de asociación de peruanos en El Oro y observé las actividades de sus connacionales en el comercio informal o el trabajo doméstico. En el 2013 la situación no ha cambiado, muchas de las que conocí en el 2009 no se han regularizado, pues en zonas cercanas al límite entre países es poco el interés de quedarse en este lado de la frontera y se mantienen estrechos lazos con sus lugares de origen. Aún he podido encontrar a las vendedoras ambulantes de huevitos de codorniz, y a las trabajadoras del hogar o jornaleros/as de bananeras y camaroneras, quienes siguen con sus prácticas de viajar a Perú cada quince días para visitar a su familia. Esto se va tornando complejo conforme se adentran en suelo ecuatoriano.

## Cañar. Agosto, septiembre y octubre del 2013

### Día 1

He visto a los peruanos caminando por las calles de Cañar con sus carritos de aguas aromáticas. Hoy (día entresemana), abordo a uno de ellos, compro una agua aromática en la vía que da al hotel donde me hospedo.

Está muy bien hecha, le digo que en El Oro también venden, que yo soy de allá y que me gusta mucho esta bebida. Me dice que la sábila la consiguen en la costa, a veces de El Oro, que alguien les trae, entonces le digo que por qué mejor no se va a donde hay la materia prima, dice que no, que ya está acostumbrado en Cañar. Nos despedimos, y continúo mi camino rumbo a las entrevistas pactadas para el día.

## Día 2

Segundo día del encuentro con el peruano de la carretilla. Voy a los tiempos a comprar su producto, me dice que me ha visto por las calles de la ciudad. Le indico que ando muy ocupada caminando para las citas y entrevistas que realizo. Le explico sobre mi tesis mientras me prepara un vaso de agua aromática, es mediodía y tengo hambre le digo, me dice que eso es un gran alimento.

Sigue la conversación y le digo que en algún momento me gustaría entrevistarle, pero por ahora no tendré mucho tiempo y que, si me puede dar su teléfono, me lo da sin problemas, le pregunto su nombre y me dice que Juan Carlos, que le apodan El Gato, me rio y se ríe, se lo ve como una persona tranquila y amigable.

Como él, he visto otros peruanos que están con sus carritos por el parque de la ciudad, por el redondel, por la calle cerca al colegio local. El Gato me explica que se tienen repartida la ciudad, en ciertos sectores solo caminan ellos, y cada uno se respeta lo acordado. Gato tiene como 12 años viviendo en Cañar y ya está acostumbrado. Su esposa también trabaja en esto, salen muy temprano juntos y regresan al mediodía llevando a los hijos de la escuela a la casa para preparar la comida y almorzar todos juntos. Ella sale a las cinco de la mañana a la zona del colegio y él a las seis al redondel, y allí permanecen, luego se intercambian los lugares y se encuentran al mediodía para a la una y media de la tarde salir a buscar a sus hijos.

### Día 3

A los tiempos paso por el redondel a las 07h30 de la mañana, me acerco a saludar al Gato y comprarle agua aromática, una para beber allí y otra para llevar. Tengo una cita a las ocho de la mañana le comento, y dice que muy temprano. Hay mucha gente que pasa por su carretilla y le compra. Esta vez no puedo quedarme, tengo apuro.

### Día 4

Paso por la calle del colegio, está él y su esposa trabajando en el mismo carrito, con mucha gente alrededor queriendo comprar sus aguas aromáticas. Los saludo y me acerco a comprar una, y le digo “ella es su esposa” y me dice que sí, ella es amable como él, y muy sonriente, le digo que la quiero entrevistar algún momento y sigue sonriendo, pero no puedo abordarlos debido a sus ocupaciones.

### Día 5

Paso por el lugar, está don Gato solo, me acerco para comprar una agua aromática, le pregunto cómo va el negocio y dice que bien, que esperando el mediodía para partir con su esposa e hijos a casa. Mientras prepara el vaso de agua veo el contenido en el interior del recipiente, qué es le pregunto, me dice que “cola de caballo”, un monte fresco y saludable para los riñones.

También le observo que tiene manzana cocinada, “sí” me responde con un gesto de orgullo debido a su receta muy particular, pues personalmente yo he comprado estas aguas en varias provincias y no las he visto con ese tipo de ingredientes, lo cual le indico y se muestra complacido. Me tomo mi agua y me marcho, no sin antes ver cómo pasa la gente y lo reconoce: “hola gato” le dicen, y él contesta: “buenas tardes vecina”, o “vecino”.

Aquí ya todo el mundo lo conoce, me dice, y recuerda los doce años que tiene trabajando en la zona. Le pregunto si no ha pensado en irse a trabajar a otro lugar de Ecuador y me dice que no, que ya está acostumbrado, que lo conocen, tiene amigos, que ya no quiere ir a comenzar de nuevo todo en otro lugar.

## Día 6

Paso por el lugar un día, y veo en la carretilla a una mujer sola, paso de largo y no me acerco.

## Día 7

Después de varios días vuelvo a pasar por el lugar, y está la mujer, finalmente me acerco y la saludo para comprarle una agua. Muy amable, me comienza a preparar, y le digo que si es la mujer del gato y me dice que sí, y entonces le pido que quiero entrevistarla, se sonríe y no me dice ni sí ni no.

Comienzo a charlar con ella y le explico lo que estoy haciendo. Me escucha con atención. Mientras trabaja, de manera espontánea empieza a relatarme su historia:

Trabajo desde muy de mañanita aquí, a veces salgo a las cinco y media de la mañana, mi esposo sale un poco más tarde, a veces juntos. Yo paso aquí hasta las diez de la mañana y nos intercambiamos. No me enseñó aquí por el frío, tengo tres años aquí, ya me vine porque mis hijos se hicieron grandes y tuve que venirme a quedar. Antes iba y venía, durante seis años hice así, cogía en las vacaciones de mis hijos y me venía, a veces los dejaba con mi mamá, pero cuando ya se hicieron más grandes ella me los entregó y me dijo que hasta ese momento los cuidaba, que ya estaban crecidos y que ahora me tocaba a mí. Entonces también ya él me dijo que me viniera a quedar con los niños y me vine. Mi hijo el mayor no se enseñó y se regresó para seguir allá el colegio y ahora está entrando a la

Universidad, aunque la verdad es que no aprobó el examen –pero no se preocupe le digo, así ya sabe cómo es y vuelve a aplicar el próximo año, sí me dice, así está haciendo– porque es muy estricto el examen allá, pero él no se quiere venir acá, no se enseña. En cambio, la niña sí, ella sí se acostumbró de inmediato y se quedó aquí, está todavía en la escuela.

Pero ya me quisiera ir también a veces, porque no estamos tan bien con él, es que la verdad es que toma demasiado, y se gasta la plata en el trago, la plata de toda la semana, y así no conviene, porque hay que mantener a los niños, a mi hijo que está allá, no sé, la verdad es que no sé cómo hacer.

Luego le pregunto cómo es un día de trabajo suyo, me dice que comienza muy temprano, cuando salen a vender el producto, luego a eso del mediodía a veces ella se va con su marido, a veces se adelanta, como hoy, para aprovechar el agua de la mañana y lavar la ropa, y de inmediato hacer la comida, entonces se va a las 10 de la mañana. El resto del tiempo avanza con su marido a eso de la 1 y 30 de la tarde. Ya en la tarde, ella continúa los quehaceres del hogar, atiende los hijos, en la tarde no lava porque no hay agua, como en casi todo Cañar, que hay agua por horas. En la tarde a veces se dedica a preparar la sábila, es decir a quitar el yodo, el secreto para que no se haga negra la pulpa. Consiste en partirla por la mitad y ponerla en agua sal durante un par de horas.

Ella me sigue contando la historia de su familia, el lugar por donde viven (señala hacia las escalinatas que conducen a la gruta de la virgen), y el periplo migratorio:

Yo tengo sólo tres años aquí. Él tiene doce años, se vinieron un grupo (con lo de la dolarización le comento, y me dice que sí). Primero vivieron seis años en Milagro, y de allí mi esposo se vino acá y tiene seis años, el problema es la bebida, no estamos bien, cuando toma se pone problemático, cuando está bueno y sano es una buena persona, bien bueno, amable, pero cuando toma cambia por completo.

Y usted en qué trabajaba cuando estaba allá: Trabajaba en la alfabetización, pero se acabó ese programa, el gobierno lo eliminó y me quedé sin trabajo, mis hijos estaban grandes, decidí venirme.

Le pregunto que si trabajó en alfabetización era bachiller, me dice que sí.

Mientras dialogamos hay un momento de pare, es media mañana, en un momento alguien se acerca y le pide una agua, luego pasa un auto y el conductor le pide dos aguas, ella comienza a preparar con agilidad. En ese mismo rato ella ve venir a dos policías y ella hace un gesto de disgusto “ya vienen esos”, y yo le pregunto “quién”, “los policías”, me dice, “es que tengo que moverme de aquí, no puedo estar mucho rato”. Los dos policías estaban parados en la acera del frente, cerca de la esquina mirándola, y comenzaron a caminar, y cuando pasaron por su lado le dijeron “señora”, en tono algo amenazante, y ella les dijo muy acomodada “ya, ya, ya mismo me voy de aquí”, y entonces ellos siguieron como si nada. Yo le dije, “entonces mejor me voy, para que no vaya a tener más problemas que la vean aquí estacionada”, y ella me contestó: “sí, sí”, y nos despedimos.

## Comentarios

Entre el 2007 y 2008 la migración peruana fue muy polémica y rechazada en ciertos sectores de Cañar, pero en el 2012 y 2013 se los vio más “integrados”, como los y las vendedoras de aguas aromáticas. Algunas de las entrevistadas han formado sus hogares en Cañar y han hecho vida en la localidad.

Etnografiar a las sujetas en sus periplos migratorios entre fronteras es complicado en el marco de relaciones de género que las coartan, o por situaciones de irregularidad que no solucionan a causa de un “mito del retorno” que persiste. Por ejemplo, se intentó abordar a empleadas de restaurantes, y hubo la oposición de sus jefes, quienes al darse cuenta de que hablaban con “extraños” les prohibieron dar la entrevista, y ellas lo acataron, por temor a perder su trabajo y también desconfianza de

contar su vida a quien no conocen. El lado positivo podría ser que, una vez ganada la confianza, el anonimato les da seguridad para relatar sus vicisitudes y logros en entrevistas a profundidad, tal como se lo logró en cuatro casos de los abordados.

# Pesquisando fronteiras e construindo relações

## Breves notas sobre trabalho de campo em regiões de fronteira

José Lindomar Coelho Albuquerque\*

Minha experiência de pesquisa em regiões de fronteira remete ao período do doutorado (2002-2005) nos departamentos fronteiriços do Alto Paraná e Canindeyú (Paraguai), na fronteira com o Brasil. Naquele contexto eu morava em Fortaleza (Ceará), cerca de 3.700 km de Foz do Iguaçu, e tinha resolvido pesquisar os imigrantes e descendentes brasileiros no Paraguai. Ali já aparecia uma primeira característica de minha condição de pesquisador de fronteira. Em nenhum momento de minha trajetória morei ou trabalhei em cidades fronteiriças e meu conhecimento da fronteira se deu sempre na prática do trabalho de campo. Escutei em algumas ocasiões comentários de que é preciso viver na fronteira para conhecê-la. Creio que estamos aqui na fronteira do conhecimento entre o familiar e o estranho. Sou alguém de fora que em cada estadia na fronteira estranha bastante o cotidiano das pessoas que transitam e vivem

\* Universidade Federal de São Paulo (UNIFESP), email: joselindomar74@gmail.com. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

entre territórios nacionais, realidade bastante familiar para aqueles que passaram uma vida ou boa parte de la nestas localidades.

Durante esta trajetória de pesquisa nos e além dos limites territoriais do Brasil, enfrentei barreiras e construí pontes bastante significativas. Primeiro, a pesquisa do doutorado foi uma experiência de campo bastante solitária. Depois de algumas semanas no interior do Paraguai em hotéis e nas casas de alguns imigrantes, sempre sentia uma vontade de voltar para Fortaleza, onde tinha elos de relações e afetos consolidados. Vale uma referência a minha amizade com Rubén Arce, um paraguaio que vivia em Foz do Iguaçu. A casa de Rubén e de sua esposa brasileira Traldy Ribas se tornou o meu porto seguro em Foz do Iguaçu, onde ficava hospedado frequentemente antes de entrar no território paraguaio. Posteriormente a amizade afetuosa com Sel Guanaes, Eric Cardin e German Sterling foi fundamental em todas as vezes que estive em Foz do Iguaçu. Segundo, as ambiguidades do meu jeito comunicativo de estabelecer conversas com facilidade com as pessoas, mas ao mesmo tempo fazer perguntas demais sobre determinados assuntos, gerando muitas vezes desconfiças em meus interlocutores. Terceiro, a barreira da língua guarani nas várias conversas e entrevistas com os paraguaios. Não consegui aprender o idioma e tive que realizar entrevistas em espanhol, mas sentia que teria estabelecido uma maior relação de confiança e uma melhor compreensão dos códigos culturais locais se tivesse podido me expressar na língua materna da maioria dos paraguaios; quarto, a não superação do “nacionalismo metodológico” (Schiller; Wimmer, 2002)<sup>1</sup> na realização das pesquisas de campo. Apesar dos esforços de construir uma visão transfronteiriça das regiões de fronteira, minhas pesquisas estiveram mais centradas nos imigrantes brasileiros no Paraguai e nas cidades brasileiras de Foz do Iguaçu na tríplice fronteira Brasil - Argentina - Paraguai e Tabatinga na tríplice fronteira Brasil-Colômbia-Peru.

Em investigações mais recentes contei geralmente com a companhia de outros pesquisadores que compartilharam comigo os percursos das

<sup>1</sup> Schiller, Nina; Wimmer, Andreas (2002). “Methodological nationalism and beyond: nation-state building, migration and the social sciences”, *Global Networks*, n° 2, vol. 4, pp. 301-334.

travessias entre fronteiras e as reflexões da pesquisa etnográfica. Gostaria aqui de destacar duas situações do trabalho de campo que envolvem perigo e suspeita durante a realização de um estudo sobre o que os moradores de Tabatinga pensam sobre violência e perigo. Esta experiência foi, de fato, uma construção coletiva de muito aprendizado e reflexão conjunta, especialmente com o coordenador da pesquisa - Luiz Fábio Paiva - e, em algumas situações, também com os antropólogos José Miguel Olivar, Flávia Melo e Rodrigo Reis, todos pesquisadores nesta região fronteiriça. A primeira situação etnográfica foi durante uma observação noturna na discoteca Scandalos em Tabatinga. Estávamos justamente vendo como eram estas dinâmicas noturnas neste lugar de festa onde os moradores locais falavam que ali é “tudo junto e misturado”: há policiais, agentes de segurança, traficantes, pistoleiros, prostitutas, agiotas etc. O nosso interlocutor privilegiado resolve então comentar para seus conhecidos locais que eu e Luiz Fábio éramos da “federal”, o que fez que passássemos a ser observados com atenção por eles. Quando o nosso interlocutor nos comentou o que havia dito aos seus conhecidos, pedimos imediatamente que ele fosse desfazer o mal entendido. Éramos professores de universidades federais e não da “federal”, uma vez que este termo naquela fronteira remete diretamente à polícia federal e às ações de fiscalização e controle da fronteira (diário de campo, 5/8/2014).

A segunda situação etnográfica foi durante uma caminhada feita por mim, Luiz Fábio Paiva e José Miguel Olivar pela região periférica e limítrofe entre Tabatinga (Brasil) e Letícia (Colômbia). Na margem do rio Solimões, encontramos uma ocupação urbana do lado brasileiro - vila Guadalupe - e somente um terreno baldio do lado colombiano. Logo após o limite nesta fronteira seca entre os dois países, avistamos uma *galler* improvisada (rinha de galos) do lado colombiano. Eu e José Miguel perguntamos aos moradores locais quem frequentava aquela *galler* e me aproximei para tirar fotos do lugar. Luiz Fábio, pesquisador mais experiente em temas vistos como perigosos, me chamou atenção para os riscos de minha postura naquele momento, preocupado com a maneira como estávamos sendo observados por sermos estranhos e estar fazendo muitas perguntas sobre uma atividade que é proibida legalmente no

território brasileiro (diário de campo, 3/8/2015). Vale destacar uma breve reflexão de campo feita por Luiz Fábio Paiva:

Entre as questões que provocaram inquietações esteve o encontro de uma gallera a um metro da fronteira brasileira. Além de curiosa, a situação me pareceu emblemática das singularidades desse campo. Chegamos ao local da referida gallera nas primeiras horas da manhã. Ficava ao lado da comunidade brasileira conhecida como Vila Guadalupe, localizada na fronteira entre Brasil/ Tabatinga e Colômbia/Letícia, a beira do Rio Solimões. Convém ressaltar que as brigas de galo são proibidas no Brasil, mas legais na Colômbia e no Peru. O fato de a gallera estar próxima à linha de fronteira, em uma área aparentemente inóspita do lado colombiano, nos levou a suspeitar de que ali os brasileiros haviam construído um lugar para suas brigas de galo. Então, enquanto faziam um registro fotográfico, meus colegas de pesquisa perguntaram a moradores sobre o local, “o que se fazia ali”, “quando era possível ver as brigas de galo”, entre outras perguntas que me provocaram grande incômodo. Além de presenças estranhas, as nossas perguntas perturbavam um cotidiano desconhecido que não me parecia tão fácil de acessar quanto aos meus colegas. A coragem de meus colegas, no entanto, foi fundamental para aquisição de muitas informações que eu não teria acessado sozinho em razão das minhas disposições em campo (Paiva, 2015, p. 337) <sup>2</sup>

As brigas de galo como dispositivo jurídico entre o legal e o ilegal em um território transfronteiriço foi um dos achados imprevisíveis deste trabalho de campo em 2014. O tema da briga de galos apareceu enquanto estávamos realizando uma entrevista com o delegado da polícia civil em Tabatinga. Ele comentou da diversidade de conflitos e situações que aparecem na delegacia e nos contou do caso da apreensão dos galos de briga de um senhor que ia para uma *gallera* na Colômbia. Este senhor colombiano era morador de Letícia e tinha entrado um pouco no território brasileiro em seu trajeto e justo neste momento teve os seus galos

<sup>2</sup> Paiva, Luiz Fábio (2015). “Nas margens do estado-nação: as falas de violência na tríplice fronteira amazônica”. *Revista Tomo*, n° 27, pp. 327-358.

apreendidos. A partir deste relato, fomos nos informar quando e onde aconteciam estas brigas de galo legalizadas na cidade vizinha.

Em uma tarde de domingo, eu, Luiz Fábio e Ênio (morador de Tabatinga e estudante de antropologia), fomos assistir diversas brigas de galo na *gallera* Macareno em Letícia. Chegamos cedo ao local e havia poucas pessoas ainda. A primeira coisa que me chamou a atenção foi um grafite na parede representando três galos em uma luta de boxe. Os shorts de cada galo representava as cores da bandeira de cada um dos países da tríplice fronteira. “Com uma das mãos, o galo colombiano já tinha dado um nocaute no galo brasileiro que se encontrava no chão e, com a outra mão, estava batendo firme no galo peruano, que se encontrava tonto e caindo. Posição simbólica visível de domínio da Colômbia em uma rinha de galo em território colombiano” (Diário de campo, 17/8/2014). Perguntei aos presentes o que representava aquele desenho. Entre brincadeiras e risos, um senhor nos respondeu que a Colômbia tinha tido grandes boxeadores e era uma homenagem também a este esporte vitorioso.

Entre o final da tarde e até 23 horas assistimos nove brigas de galo. Quando saímos as disputas ainda continuaram. Parte das rinhas ocorre entre galos de nacionalidades distintas, mas há também disputas entre galos de uma mesma nação. Os galos colombianos geralmente são os mais temidos por virem, conforme relatos dos presentes, de outras regiões do país com forte tradição neste “jogo absorvente” (Geertz, 2008)<sup>3</sup>. Em cada briga, há inúmeras apostas de diferentes valores entre os frequentadores em sua ampla maioria do sexo masculino. Um briga específica nos chamou a atenção. Um galo já cego em sua décima luta. Este galo brasileiro enfrentou um galo colombiano durante dez minutos, permanecendo combativo durante a disputa que terminou em empate. Ao final da luta escutamos os gritos dos donos do galo. Diziam que se “o galo tivesse a vista boa tinha ganhado até de costas, se tivesse um olho tinha ganho, o galo é daqui, não é esses que vem de fora, é pé duro daqui mesmo, de nosso criadouro em Tabatinga” (Diário de campo, 17/8/2014). Esta cena fez com que eu compreendesse

<sup>3</sup> Geertz, Clifford (2008). Um jogo absorvente: nota sobre a briga de galo balinesa. In: *A interpretação das culturas*. Rio de Janeiro: LTC.

melhor a simbologia nacional do grafite e me fez pensar no jogo das identidades e nas inúmeras disputas (econômicas, morais, simbólicas e jurídicas) entre os homens acionadas por meio das brigas entre galos em uma região de fronteiras nacionais.

A pesquisa etnográfica produz geralmente encontros improváveis e descobertas imprevisíveis. Gostaria de destacar duas situações de encontros que redefiniram caminhos nos meus estudos de fronteira. O primeiro foi o encontro com o seu Alberto em 2002. Quando fui a primeira vez para Foz do Iguaçu tinha como objetivo estudar os conflitos geopolíticos da década de 1970 em torno da construção da Usina Hidrelétrica de Itaipu, tema do meu projeto de doutorado. Naquela ocasião, resolvi ir conhecer Curitiba antes de voltar para Fortaleza. Em uma viagem de ônibus entre Foz do Iguaçu e Curitiba, sentou-se na poltrona ao meu lado o seu Alberto. Durante o trajeto ele narrou um pouco a sua história de vida. Disse-me que vivia há 23 anos no Paraguai, que era do estado de Santa Catarina, que seus pais migraram primeiramente para o Paraná e que resolveram entrar no Paraguai no final da década de 1970 devido às facilidades de comprar terra mais barata e ter financiamento no país vizinho. Esta conversa fez com que eu mudasse o meu projeto e me dedicasse ao estudo dos migrantes brasileiros e seus descendentes que viviam no Paraguai.

Em um contexto mais recente na tríplice fronteira amazônica encontramos por acaso o senhor Reyes. Cedo da manhã, eu, Luiz Fábio e José Miguel resolvemos acompanhar a linha de fronteira entre o Brasil e a Colômbia desde a margem do rio até a região do cemitério de Tabatinga. Neste trajeto, comecei a conversar com um senhor que estava varrendo a frente de uma casa, localizada bem próxima ao marco de fronteira. Ele nos falou que estava “varrendo a fronteira”, pois os colombianos “do outro lado” jogavam lixo para o “lado de cá”. Descobrimos, em uma longa conversa de cerca de duas horas de duração sob um sol escaldante, que o senhor Reyes era colombiano que vivia há muitos anos do lado brasileiro da fronteira, casado com uma peruana e que tinha servido ao exército colombiano na década de 1970, no auge do tráfico de drogas na região. Nas idas e voltas de sua narrativa de vida, fomos percorrendo a geografia

colombiana pelos lugares que já tinha vivido desde sua infância até sua chegada na região de fronteira (diário de campo, 10/08/2015). Este encontro e narrativa imprevisíveis me sensibilizou a pensar na possibilidade de trabalhar mais com trajetórias daqueles que vivem nestas regiões e já atravessaram tantas outras fronteiras físicas, simbólicas e imaginadas. Em cada região de fronteira encontramos relatos de tantas outras fronteiras feitos por seus moradores migrantes e andarilhos.

O exercício reflexivo sobre a prática etnográfica em regiões de fronteiras internacionais se estende às próprias relações do pesquisador em campo. Durante minha experiência, me apresentei e fui classificado de diversas formas por meus interlocutores: estudante cearense, professor e pesquisador de São Paulo, “da federal”, brasileiro, nordestino. Quem eu sou? Um corpo-fronteira e uma língua-fronteira em permanente movimento, redefinido em situações e relações com meus interlocutores e outros pesquisadores nos caminhos da pesquisa de campo.

# Os migrantes haitianos na tríplice fronteira Brasil, Colômbia e Peru

Handerson Joseph\*

Quando cheguei a Tríplice Fronteira –Brasil, Colômbia e Peru–, em janeiro de 2012, havia aproximadamente dois mil haitianos no local e já eram passados dois anos desde a vinda deles por essa rota. Os meus interlocutores haitianos com mais tempo no local (desde algumas semanas até três meses), aguardavam o protocolo –documento legalizador da situação do estrangeiro no Brasil– para seguir viagem em direção a Manaus, capital do estado do Amazonas, a outros estados brasileiros ou territórios, notadamente à Guiana francesa.

Após uma longa viagem de vários dias, circulando entre diferentes territórios da mobilidade, seja de avião, ônibus, carro ou barco (balsa), os haitianos chegavam à Tríplice Fronteira Brasil, Colômbia e Peru. O primeiro encontro deles no Brasil, na cidade de Tabatinga ocorreu no ambiente caótico do mercado, onde a maioria peruana vendia produtos de todo tipo, verduras, bebidas, roupas etc. Depois de uma viagem de nove horas de barco da cidade de Iquitos a Santa Rosa, no Peru, eles carimbavam seus passaportes no setor da migração. Depois, entravam numa balsa por cinco reais e atravessavam em cinco minutos para o lado brasileiro (ver foto 1).

\* Universidade Federal do Amapá (UFAP), correo: handersonj\_82@yahoo.es. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

Eles saíam da balsa carregando as bagagens de mão e se dirigiam à estrada de chão que os levava ao mercado localizado no Porto. Assim, aqueles com família ou amigos esperando eram levados às casas. Os que não conheciam ninguém eram encaminhados à *kay pè a* (A Casa do Padre), expressão utilizada pelos haitianos. Era a casa de acolhida da Pastoral da Mobilidade Humana local.

Os haitianos em Tabatinga estavam em diversos bairros da cidade, mas tinham se concentrado nos lugares mais próximo à Avenida da Amizade, a principal da cidade. Viviam em apartamentos, quartos, pousadas, casas, geralmente superlotados. Algumas casas reproduziam a geografia regional haitiana, nas quais havia pessoas de Croix-des-Bouquets; em outras, aquelas de Gonaives, de Ganthier ou de Port-au-Prince. Boa parte destes não se conhecera no Haiti, mas, ao chegar ao Porto, indicavam para os recém-chegados, as residências das pessoas de sua região, visto, segundo eles, ser mais fácil encontrar algum conhecido que se propusesse a ajudar e hospedar.

---

Foto 1. Os haitianos atravessam de balsa, da cidade Santa Rosa do Peru para alcançar o lado brasileiro.



Fuente: Arquivo pessoal, janeiro de 2012.

---

A experiência de três jovens que conheci em Tabatinga lança luz sobre essa questão. Ralph era de Port-au-Prince e os outros dois de Aquin. Foi durante a viagem em Lima que se conheceram, quando foram comprar a passagem para Iquitos. No Haiti, Ralph cursava jornalismo numa faculdade privada da capital, os outros dois eram pedreiros: um possuía ensino médio incompleto e o outro, ensino fundamental incompleto. Os três dividiam um quarto em Tabatinga.

Na época, aguardavam seus documentos e pagavam U\$140 mensais de aluguel. Os dois de Aquin pagaram a um *raketè* U\$2.500 cada um para realizar a viagem.<sup>1</sup> Ralph disse que um amigo lhe informara o trajeto e viera sem mediação de agenciador, gastando U\$1.800 com passagens até Tabatinga. Aquele com o ensino fundamental incompleto salientava ter vendido uma vaca que criava no campo e seu pai, morador na Guiana Francesa, completara o dinheiro da viagem. O outro, um pedreiro, fizera um empréstimo, deixando documentos de terrenos como garantia. Ralph dizia ter um irmão na Guiana Francesa que o ajudara a comprar as passagens e cobrir as despesas, além do auxílio recebido de outros familiares residentes nos Estados Unidos e no Canadá. Os de Aquin afirmavam terem sido enganados pelo *raketè*, porque o plano era ir a Guiana Francesa. O pai daquele com ensino fundamental incompleto o aguardava no local.

Em Tabatinga, um casal (uma brasileira e um peruano) alugava quartos para os que chegavam. De acordo com a proprietária, comoveu-se com a história de vida dos primeiros a chegar e começou a alugar para aqueles vindos posteriormente. A casa possuía seis quartos mobiliados com cama e colchões, nos quais eles se dividiam. A cozinha era de uso comum, com um fogão a gás. O valor cobrado era de R\$100 a R\$250 por pessoa. Os

<sup>1</sup> *Raketè* é uma categoria usada no Haiti que não está restrita ao campo da migração e da mobilidade. Serve para denominar qualquer pessoa que cobre dinheiro de outra para efetuar vários tipos de transação. Geralmente, *raketè* é considerado um esperto que usa vários mecanismos e artimanhas para lucrar na informalidade ou até indevidamente. O *raketè* que agencia a viagem é, por vezes, um familiar, um amigo ou um desconhecido. Este e outros aspectos da minha etnografia constam na minha tese de doutorado intitulada *Diaspora. As dinâmicas da mobilidade haitiana no Brasil, no Suriname e na Guiana Francesa*, PPGAS, Museu Nacional/UFRJ, 2015.

quartos eram alugados para duas ou três pessoas, às vezes, dez ficavam neles, para diminuir os custos da hospedagem.

Em Tabatinga, com o passar do tempo, após gastarem o guardado para a viagem, eles ligavam para os familiares no Haiti e em outros países como Estados Unidos, França, Canadá e Guiana Francesa para solicitar dinheiro e se sustentarem por dias e meses. O Banco do Brasil contava mais de 50 haitianos por dia, recebendo remessas em média de U\$50 a U\$200 diariamente. Para outros, o dinheiro já acabava antes de chegar a Tabatinga, quando ainda estavam no Equador ou no Peru.

Uma funcionária na casa de câmbio em Letícia na Colômbia (ver foto 2), confirmou-me frequentarem o local aproximadamente 200 haitianos diariamente, a grande maioria para fazer ligações, visto que o local possuía cabines telefônicas muito mais baratas do que no Brasil. Alguns dos que deixaram filhos no Haiti ou na República Dominicana, recebiam as remessas em Tabatinga, guardavam um pouco de dinheiro para si e enviavam parte dele para a manutenção dos filhos ou esposas nos referidos países.

---

Foto 2. Haitianos na frente da agência telefônica e de câmbio em Letícia na Colômbia.



Fuente: Arquivo pessoal, janeiro de 2012.

---

Eles se tornavam “cruzadores diários de fronteiras” devido ao deslocamento cotidiano por terra de Tabatinga a Letícia do lado colombiano e, por água de Tabatinga a Santa Rosa no lado peruano (ver foto 3). Essas experiências trazem elementos importantes sobre o engajamento de familiares e amigos na realização da viagem.

Em Santa Rosa, um senhor peruano de 65 anos, proprietário de um mini-mercado ao lado das cabines telefônicas, efetuava o câmbio de 1 real por 1 sol (moeda do Peru). Os haitianos entregavam reais para serem trocados por sol para colocar nos aparelhos telefônicos e fazer as ligações. De acordo com esse peruano, um fluxo de 20 a 40 haitianos frequentavam o local diariamente até início de 2012. A maioria trocava entre R\$5 a R\$10 para ligar. O minuto custava 1 sol.

Foto 3. Haitianos (em Santa Rosa) ligam para familiares no Haiti e na diáspora haitiana.



Fuente: Arquivo pessoal, janeiro de 2012.

Eram pouquíssimos os que encontravam atividades remuneradas na Tríplice Fronteira. Quando conseguiam emprego na construção civil, restaurantes, venda de picolé ou entrega de jornais e poucas outras, usavam o dinheiro para se manterem por dias e meses, pagando as despesas diárias e juntando recursos para comprar a passagem de barco e seguir

viajando. Alguns iam até as aldeias ticunas (um dos mais numerosos povos indígenas da Amazônia brasileira, localizadas a alguns quilômetros da zona urbana de Tabatinga) para vender picolé e jornais.

Há uma hierarquia social historicamente construída na fronteira. Do ponto de vista da população local, os brasileiros ocupam o topo dessa hierarquia; em segundo lugar estão os colombianos e na camada inferior, os peruanos. Ao chegarem os haitianos, ocuparam os lugares historicamente dos peruanos. Viver na Tríplice Fronteira, entre quatro culturas, incluindo a dos haitianos, além daquelas aprendidas em diversos lugares por onde passaram, é uma experiência de afirmação desses sujeitos que cotidianamente lidam nessa relação com os outros. São universos cruzados pela circulação das pessoas, do dinheiro (pesos colombianos, soles peruanos, reais brasileiros e dólares americanos, entre outros como o euro), das mercadorias e dos objetos entre os três países: Colômbia, Peru e Brasil. Os deslocamentos diários na Tríplice Fronteira demonstram que os haitianos estavam sempre em movimento, seja para fazer uma ligação telefônica em Letícia ou Santa Rosa, seja para receber remessas de dinheiro em Letícia.

Os haitianos enfrentavam a barreira da língua na Tríplice Fronteira de uma maneira particular. Os hispano-falantes se viravam na rua para pegar ônibus, ir aos mercados, aos escritórios e estabelecimentos públicos para tramitar seus documentos. Os meus interlocutores falavam créole e além dessa língua, alguns sabiam francês – também língua oficial do Haiti. Outros, além dessas duas línguas, sabiam espanhol e/ou inglês. Na Tríplice Fronteira e em Manaus, a questão linguística constituía uma situação angustiante, pois afrontavam um dilema para serem entendidos e entenderem o outro. Na comunicação, usavam gestos e geralmente falavam em créole entre eles.

Diante desse cenário, surgiram algumas iniciativas voluntárias para o ensino do português aos recém-chegados. Em setembro de 2011, um grupo de voluntários sem formação específica em Letras, entre eles alguns vinculados à Pastoral da Mobilidade Humana em Tabatinga, propuseram-se a contribuir. Mas logo em seguida perceberam a dificuldade de ensinar

a língua devido à falta de material didático e pedagógico. Do ponto de vista deles, não havia nenhuma orientação pedagógica e metodologias apropriadas para atender as necessidades dos aprendizes que possuíam um universo linguístico ampliado de conhecimento e capacidade de domínio de várias línguas.

Conforme as necessidades surgiam, os voluntários começavam a criar materiais didáticos, apostilas mais dinâmicas e produtivas para as aulas de português. Esses materiais foram elaborados para os viajantes poderem usar a língua sem a necessidade de um professor, pensando na dinâmica da mobilidade deles e no fato de que seguiam para Manaus ou outras localidades imediatamente após receber o salvoconduto. Assim, em dezembro de 2011, alguns professores da Universidade Estadual do Amazonas (UEA) com sede em Tabatinga, elaboraram um Projeto de Extensão coordenado pelos professores da entidade com a colaboração de alguns acadêmicos e em janeiro de 2012 iniciaram de fato os cursos. O projeto focava três aspectos: 1) cursos de língua portuguesa; 2) cursos de informática; 3) momentos recreativos e de lazer para os haitianos. Um dos objetivos era abordar a legislação brasileira, particularmente as leis trabalhistas.

Seguindo os moldes do já consolidado projeto de português para colombianos, os professores buscavam adaptar metodologias, para de forma lúdica e didática qualificar os haitianos nos fundamentos básicos da língua portuguesa.

# Entrampamiento migratorio de centroamericanos en Tijuana, México

Héctor Parra García\*

En las últimas dos décadas han emergido en Latinoamérica una multiplicidad de actores de la migración, producto de la crisis permanente global y sus distintas manifestaciones, tales como el despojo territorial, el desplazamiento forzado, la violencia estructural, los extractivismos, etc.

Para el caso de los centroamericanos que migran hacia Estados Unidos, México se ha convertido en un territorio-frontera donde prevalecen espacios porosos cada vez más difusos y peligrosos. Zonas grises del “capitalismo caníbal”<sup>1</sup> en donde la violencia, la desaparición y el exterminio se convierten en formas de valorización muy rentables para grupos del poder delincencial. Las estancias de tránsito temporal comienzan a prolongarse, provocando que muchos migrantes se queden varados en espacios precarios por múltiples razones (insuficiencia económica,

\* Posdoctorante del Centro de Estudios Latinoamericanos (UNAM), correo: hparra\_garcia@hotmail.com. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

<sup>1</sup> Varela, Amarela (2019). “Capitalismo caníbal: migraciones, violencia y necropolítica en Mesoamérica” en Mezzadra, Sandro, *et. al.* [coords.], *América Latina en Movimiento. Migraciones, límites a la movilidad y sus desbordamientos*, Madrid, Traficantes de sueños.

inseguridad en las rutas migratorias, deportaciones, etc). Este fenómeno cada vez más estructural de la migración fue conceptualizado por Sabine Hess como “*Stuck in movility*”<sup>2</sup> o atrapados en la movilidad.

Este panorama nada alentador de los centroamericanos entrampados en la movilidad sirvió de emplazamiento espacio-temporal para una etnografía situada en los entornos inmediatos de comedores y albergues para migrantes en la ciudad de Tijuana, considerada por muchos investigadores, la mayor ciudad-tapón de la migración transnacional. Fue una estancia corta de 15 días que trascurió entre noviembre y diciembre del 2019. Me interesó recoger testimonios de migrantes asentados de manera temporal y no planeada en las colonias aledañas a dichos espacios de acogida y que pasan de recibir ayuda en los albergues a constituir lazos de proximidad y apoyo a otros migrantes.

Localizar espacios de/por/para migrantes no fue una tarea fácil, sobre todo por el panorama generalizado de invisibilidad social que todavía prevalece en la sociedad tijuana hacia los migrantes centroamericanos. Por lo tanto, me acerqué en un primer momento a albergues para migrantes, patrocinados y gestionados mayoritariamente por organizaciones de la sociedad civil (OSC), las cuales tienen una presencia ya muy consolidada en la ciudad.

La gran mayoría de las personas entrevistadas coinciden en sus descripciones que la ciudad de Tijuana supone un lugar muy impersonal y complicado de arribo. Dado su diseño orientado al uso del automóvil –al igual que todas las ciudades de la franja fronteriza del norte de México–, las vías de comunicación están orientadas a las garitas fronterizas, las cuales llevan a los *malls* de la parte estadounidense. Ello ocasiona que un recién llegado tenga que caminar largos trayectos para arribar a cualquier sitio, factor que determina el lugar de arribo. Por lo tanto, los albergues migrantes han adquirido importancia como lugares de espera y de información.

Por lo regular, los albergues acogen de 30 a 120 migrantes y lo hacen por periodos que oscilan los tres y doce días. Esto orilla a los migrantes a

<sup>2</sup> Hess, Sabine (2012). “De-naturalising Transit Migration. Theory and Methods of an Ehtnographic Regime Analysis”, *Population, Space and Place*, n°. 18, vol. 4, pp. 428-440.

generar un entorno de socialidad que transcurre en tres dimensiones de su vida en espera: el trabajo como recurso de supervivencia, el albergue como lugar de acogida y red de contactos, y las instituciones migratorias como centro de información y delimitadoras de los tiempos de espera.

Me llamó mucho la atención la reciente iniciativa promovida por los propios migrantes centroamericanos –con apoyo de la Universidad de San Diego–, y que arroja un nuevo paradigma sobre estrategias para el sostenimiento de la vida colectiva de/para/por migrantes: la iniciativa del “pequeño Honduras”, un albergue que se tiene previsto sea el centro social de referencia para los migrantes centroamericanos, y que incluiría espacios deportivos, educativos y hospitalarios.

Esta iniciativa comenzó con la compra de un predio en marzo de 2019 y se encuentra detenida debido a la opacidad de la actual administración municipal de Arturo González Cruz (Movimiento de Regeneración Nacional). Considero que este proyecto trunco y clandestinizado por las autoridades locales representa la punta del *iceberg* de toda una *expertise* migratoria condensada por décadas en los flujos de centroamericanos y podría suponer un espacio de enunciación y agencia política de los migrantes en su derecho a vivir en la ciudad.

---

Foto 1. Terrenos donde se espera construir “la pequeña Honduras”



Fuente: Carlos Luna, El Sol de México, 19/02/2019

---

Al margen de este esperanzador proyecto, las entrevistas realizadas en la Casa del Migrante del Cento Scalabrini mostraron que la mayoría de los procesos de asentamiento temporal se llevan a cabo de forma individual o por pequeños grupos de proximidad, valiéndose de redes familiares –tanto nucleares como extensas– y apoyándose de la acogida inicial de los albergues y comedores.

Según el testimonio de Abel<sup>3</sup> (migrante salvadoreño de 39 años, asentado en Tijuana desde el 2013), el primer apoyo recibido a su arribo a Tijuana fue justamente en la Casa del Migrante, lugar que conoció a partir de la información recibida en su estadía en la Ciudad de México. Cuenta Abel que al comienzo sólo durmió en el albergue, pero con el paso de la primera semana entendió que el albergue servía como un espacio de contacto entre migrantes, en donde encontró información importante para obtener trabajo y hospedaje.

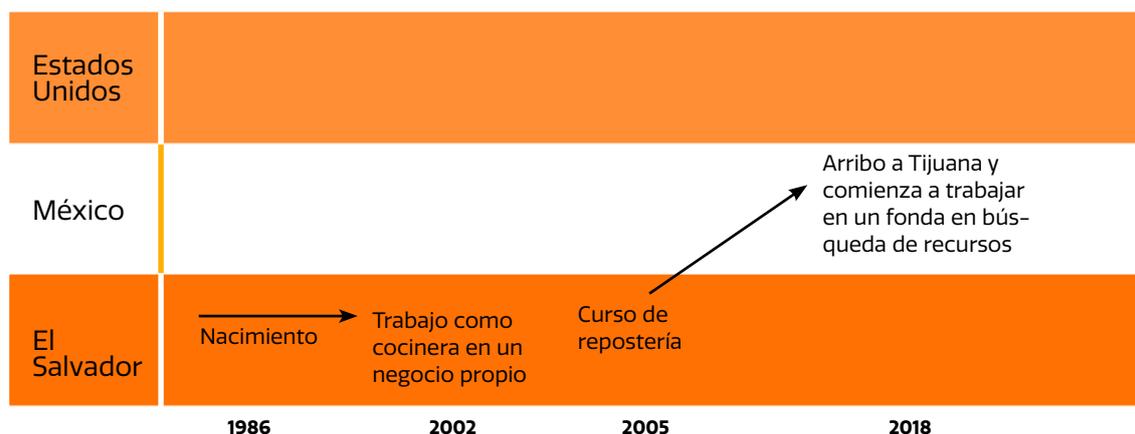
A partir de la observación en tres albergues, llama la atención que el número de personas que tránsitan por las áreas comunes es mucho mayor a las plazas disponibles para pernoctar. En su mayoría, estos centros son llevados por migrantes que deciden radicar en la ciudad, lo que me hizo indagar sobre la “circularidad de favores” que se reproducen.

Las trayectorias migratorias por lo general son imapctadas por la solvencia económica, la peligrosidad de las rutas migratorias y la posibilidad de obtener un salvoconducto migratorio. Las anteriores suponen las principales causales que determinan el curso de estas trayectorias. A grandes rasgos, los testimonios dieron cuenta de dos tipos de trayectorias: *simples y complejas*.

Esta clasificación considera que una *trayectoria simple* se compone de un sólo itinerario desde el lugar de origen hasta la ciudad de retención. Casi todas estas trayectorias tienen como destino Estados Unidos y encuentran en Tijuana un lugar de espera para la obtención de recursos –económicos y de información– para emprender el final del plan migratorio.

<sup>3</sup> Se utilizarán seudónimos para proteger la identidad de las personas que fueron entrevistadas.

Imagen 1. Ejemplo de trayectoria migratoria simple



Fuente. Elaboración propia a partir de entrevistas realizadas en Tijuana (nov-dic, 2019)

La imagen 1 es un diagrama que ejemplifica una trayectoria migratoria simple. Ilustra el proyecto migratorio de Alma, hondureña de 33 años cuya ruta fue directa de Tapachula a Tijuana, ya que contaba con los recursos económicos suficientes para costear un autobús.

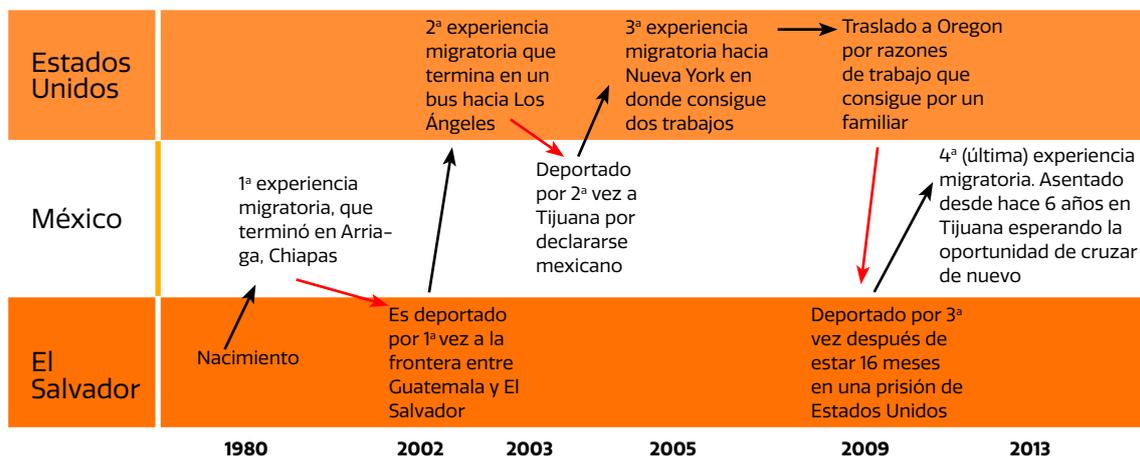
Alma recibió hospedaje en el Instituto Madre Asunta y a partir de los contactos que le brindaron y metió papeles para un puesto de cocinera en un restaurante local, ubicado a ocho cuadras del albergue. Ella contaba con una formación técnica en repostería, la cual le ha sido de mucha utilidad para continuar en el mismo trabajo de cocinera desde hace dos años. Se encuentra a la espera de obtener dinero suficiente para traer a su hija de 7 años y juntas emprender el cruce hacia Estados Unidos.

Este ejemplo de trayectoria simple condensa un capital económico y profesional puesto en práctica y que ayudó a Alma a evadir el sinuoso trecho de violencias y despojos que otros migrantes deben sortear. No obstante, existen otros elementos más fortuitos que determinan la facilidad de un proyecto migratorio, y tiene que ver con la suerte que un migrante tenga para no pasar ningún retén migratorio o un ambiente que favorezca la negociación de un trabajo con su interlocutor (prejuicios y estereotipos por diferencias de género, nivel socioeconómico o fenotipos, etc.).

Por otra parte, consideremos como *trayectoria compleja* a las que cuentan con más de un desplazamiento por México y/o han sido deportados más de una vez por las autoridades norteamericanas o mexicanas. Para este tipo de trayectorias, Tijuana representa una etapa más del proceso migratorio a su destino final y despliegan en la ciudad mayores redes de solidaridad con otros individuos en condiciones de movilidad parecidas.

La imagen 2 muestra la trayectoria migratoria de Abel, que decide a los 22 años emprender su primer intento de cruzar México para llegar a Estados Unidos. Fue deportado en Arriaga, Chiapas cuando viajaba en “la bestia”. Ese mismo año (2002) volvió a intentar llegar a la Unión Americana cruzando el muro por Tijuana y fue por segunda vez deportado –en esta ocasión a México- al tratar de llegar a Los Ángeles. En su tercer intento logra llegar a Nueva York en donde trabaja por 2 años. En 2005 se traslada a Oregón para obtener un trabajo que consigue a través de redes familiares. En 2009 es deportado por tercera ocasión a El Salvador, debido a una sentencia de 26 meses en prisión. En 2013 emprende su cuarto intento de llegar “al norte”, asentándose desde ese año en Tijuana, a la espera de conseguir mejores condiciones económicas para conseguir el objetivo que lleva 17 años persiguiendo.

Imagen 2. Ejemplo de trayectoria migratoria compleja



Fuente. Elaboración propia a partir de entrevistas realizadas en Tijuana (nov-dic, 2019)

Según Abel, cada vez son más frecuentes este tipo de avatares en el tránsito migratorio por México, dado el recrudecimiento de las políticas de contención migratorias por parte del Instituto Nacional de Migración y que, aunado al persistente clima de secuestros, extorciones y violaciones, hacen casi imposible un desplazamiento “libre de retenciones” como el expuesto en la experiencia de Alma.

Bajo este orden de circunstancias, los testimonios de esta etnografía advirtieron la existencia de una circularidad de favores durante la convivencia en albergues y que son cada vez más importantes para la obtención de hogar y empleo para los migrantes asentados de forma no planeada. Los albergues son vividos por los centroamericanos como lugares estratégicos de sobrevivencia que les permite reunir recursos económicos y construir alianzas de proximidad para continuar con sus proyectos de movilidad, siendo conscientes del ambiente cada vez más adverso de movilidad que supone llegar “al norte”, situándolos en un contexto de entrapamiento migratorio.

# Etnografía en zonas de conflicto

## Notas de campo sobre la frontera vertical

Gloria Marvic García\*

El caso que trataremos fue desarrollado por cerca de seis años durante mis estudios de posgrado. La investigación en un inicio buscaba construir una metodología de registro audiovisual para zonas de conflicto y con poblaciones en movilidad y representaba una continuación de los trabajos iniciados en la frontera México-Belice en la Región de Río Hondo, así como de la experiencia en el Desierto de Altar en la frontera México-EEUU.

Había estado en las fronteras sur y norte de México, había visto superficialmente acciones de las redes de tráfico de personas, de armas y del narcotráfico que utilizan las mismas rutas de cruce. Realizar temporadas largas de campo en cualquiera de estas zonas geográficas implicaba un costo y tiempo del que no disponía además de un riesgo que forzosamente requerían de redes de apoyo y confianza.

Martha García, antropóloga de Ecosur<sup>1</sup>, dice que en la investigación hay que tener olfato y suerte. Yo conté con la segunda al conocer a varias personas

\* Posdoctorante CONACyT, Instituto Mora, correo: [gloriamarvic@gmail.com](mailto:gloriamarvic@gmail.com). Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

<sup>1</sup> El Colegio de la Frontera Sur: <https://www.ecosur.mx/>

que trabajaban con cuestiones de refugio y defensoría de derechos humanos en el norte de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, especialmente en Ecatepec y Tultitlán, escenario durante décadas del tránsito de migración centroamericana por la ruta férrea. Debido a que esta región es encrucijada de rutas, donde se bifurcan aquellas que van al norte e incluso llegan hasta EEUU, y a las labores de carga y descarga de los trenes, estos tramos resultan una oportunidad para cambiar de ruta y aprovechar la disminución de velocidad o los altos totales para trepar a los vagones de carga.

En 2009, año que inicié el trabajo de campo en la región, se abrió una casa del migrante en los salones de la iglesia ubicada en la Cerrada de la Cruz, del barrio de Chilpan en Lechería (Estado de México). Durante años, la población local había apoyado a los migrantes en tránsito que esporádicamente pedían auxilio, pero desde principios del milenio cada vez eran más los migrantes que pedían ayuda humanitaria como consecuencia del aumento de asaltos y acciones del crimen organizado en las rutas, además de un incremento en los operativos por parte de los cuerpos policíacos y de migración.

No fue sencillo lograr el vínculo de confianza con el refugio en Lechería bautizado como San Juan Diego. Por su reciente apertura, sólo personas de la misma localidad y de la iglesia católica estaban vinculadas con sus actividades; pocas personas sabían con exactitud su ubicación. Como es usual en los circuitos de información de tránsito, la noticia de un refugio en la zona se extendió rápidamente y fue precisamente en entrevistas a pie de vía que supimos la localización.

Los primeros trabajos de observación y entrevista comenzaron como visitas esporádicas en tramos de las vías. Las primeras conversaciones informales fueron con migrantes que comían en puestos cercanos o que pedían dinero en las avenidas, pero poco a poco esas visitas fueron dándome una idea de la ubicación del refugio y la dinámica en las vías: había trenes que iban al norte y al sur, había horarios, tramos específicos donde abordaban y, sobre todo, había control de la información; nadie me diría los horarios, trenes y rutas porque ese era un insumo valioso para los “guías”.

---

Foto 1. Migrantes en el tren, Lechería, Estado de México.



Fuente: Archivo personal, 2009.

---

Casi un año me llevó conocer y lograr la confianza de las personas encargadas del refugio San Juan Diego. Durante ese tiempo, el refugio pasó de ser un salón con apenas algunas camas a tener literas, baños acondicionados y cada vez había más voluntarios encabezados por religiosas de la Pastoral de la Movilidad Humana. Gracias a las donaciones gubernamentales, mejoraron la cocina y la capacidad de atención. Las vías cercanas comienzan a ser escenario de hasta 300 migrantes buscando un espacio en el lomo de “La Bestia”.

---

Foto 2. Casa del migrante San Juan Diego, Lechería, Estado de México.



Fuente: Archivo personal, 2010.

---

Durante las entrevistas a pie de vía férrea y en la casa del migrante San Juan Diego, los migrantes centroamericanos entrevistados referían constantemente a una frontera que no se terminaba o que les perseguía. La frontera era identificada como una percepción de estar “a salto de mata”, es decir, en una situación constante de inseguridad y persecución. Al igual que en una frontera administrativa, había que esperar ciertas condiciones para poder cruzar de forma indocumentada, fiarse de que no hubiera pandillas de asaltantes, retenes del Instituto Nacional de Migración (INM) o presencia del crimen organizado para identificar las rutas momentáneamente seguras (García, 2020)<sup>2</sup>.

La espera de las condiciones para proseguir la marcha obligaba a los migrantes a pasar temporadas en espacios de auxilio como las casas de apoyo no gubernamentales. Sin embargo, el refugio San Juan Diego no tenía abasto para toda la población ni había posibilidad de estancias prolongadas. Pronto se generaron actividades clandestinas alrededor de la estancia de los migrantes en la zona: desde cuartos en renta y servicios de guías, hasta acciones crecientes de secuestro y de trata de personas.

Para 2010, la casa del migrante se encontraba en medio de la tormenta entre el acoso policíaco, los conflictos con vecinos y las redes de explotación de migrantes. A mediados de ese año, Guadalupe Calzada, fundadora del refugio junto con la Dimensión Pastoral de Movilidad Humana, estaba a cargo del albergue cuando hombres armados y vestidos con uniformes de la Policía Federal irrumpieron en el refugio e intentaron detener a varios centroamericanos, lo que fue impedido por voluntarios y habitantes de la colonia. Tiempo después, Guadalupe Calzada recibió amenazas de muerte por su labor al frente de la casa.

En este contexto, mi labor como investigadora y compromiso moral con la colonia y con la casa me llevaron a buscar conversatorios y trabajos de conciliación con los pobladores. Resultaba evidente que el refugio no sobreviviría sin el apoyo de las y los vecinos. Empero, en las conversaciones

<sup>2</sup> García, Gloria M. (2020), “De la metáfora al concepto: la frontera vertical desde el testimonio migrante”, en *Cuadernos Americanos*, vol. 171, pp. 63-84.

iniciales, había una constante referencia a la estancia prolongada de personas que ya no transitaban, sino que se quedaban en su comunidad. Circunstancia que, desde su perspectiva, atraía problemáticas como delincuencia, presencia de redes de tráfico de personas y narcotráfico.

Los intentos de trabajo conjunto ayudaron a lograr dinámicas participativas diseñadas a partir de los intereses expresados mediante entrevista; junto con el apoyo de las y los voluntarios del albergue se logró un taller sobre rutas de tránsito utilizadas por centroamericanos en su andar hacia EEUU, un grupo focal sobre las transformaciones en los usos de los espacios públicos, entrevistas y observación participativa en las dinámicas cotidianas entre la casa del migrante y las/los vecinos.

Desafortunadamente, los conflictos en el albergue escalaron. En marzo de 2011, Guadalupe Calzada fue removida como responsable de la casa del migrante por orden directa del obispo. Su salida significó una ruptura de los procesos de conciliación y repercutió entre las y los voluntarios que cesaron actividades en señal de protesta. Para mí, los cambios en la dirección del refugio y la escalada del conflicto significaron una llamada de atención. De pronto me encontraba tan ajena como al principio: sin posibilidades de diálogo con los pobladores y sin redes de apoyo en el albergue, por lo que hice un alto en la investigación en campo y comencé la etapa de teorización y sistematización de datos.

No dejé de estar al tanto del refugio, realicé algunas visitas posteriores para llevar donaciones y el escenario era cada vez más polarizado. En agosto de 2011, Julio Cardona, un migrante guatemalteco, fue asesinado a escasas calles del refugio. Se dijo que fue lapidado con la complicidad de policías municipales de Tultitlán, en el Estado de México. Cardona había participado en la caravana *Paso a paso hacia la paz*. Un caso similar, fue el de María Marisol Ortiz Hernández, asesinada también en las inmediaciones de la casa y quien había pedido auxilio de la CNDH para deportarse voluntariamente con su hija, quien fue hallada con vida a varios kilómetros de Lechería.

Para diciembre del 2011, los conflictos entre vecinos y migrantes llevaron a un enfrentamiento con armas blancas, algunos negocios fueron atacados e incluso hubo incendios de refugios temporales a pie de la vía férrea. La asamblea de vecinos decidió cerrar la avenida principal José López Portillo para exigir el cierre del refugio. Los enfrentamientos duraron medio año más hasta el cierre definitivo de la casa San Juan Diego en julio de 2012. Ese año aún había visitado en algunas ocasiones la casa y me resultaba sorprendente observar cómo en poco más de dos años la comunidad había pasado de repartir comida a pie de las vías del tren a enfrentarse violentamente. Mis posibilidades de incidencia eran nulas. Concentré entonces mis esfuerzos en tratar de comprender los procesos ocurridos, en especial a conceptualizar lo que las mismas personas migrantes llamaban de frontera vertical.

---

Foto 3. Albergue San Juan Diego, Lechería, Estado de México.



Fuente: Archivo personal, 2012.

---

Comencé a manejar el término Frontera Vertical como un concepto que nos ayudara a comprender los procesos sociales que emergen ante la detención del tránsito de migrantes, procesos que afectan tanto a las personas en movilidad como a las mismas comunidades que se ven atravesadas momentánea o constantemente por esa modalidad de frontera.

Desde luego, no corresponde a una frontera administrativa, pero contiene la movilidad ya sea mediante el uso de la fuerza institucional o porque las condiciones de vulnerabilidad y peligro impiden o dificultan las movilizaciones. Una de las consecuencias es la transformación de corredor migratorio a zona de espera, lo que suscita otro tipo de interacción entre la población local y la de tránsito.

El trabajo en campo durante esos años en la zona de Lechería me ayudó a distinguir y diferenciar esos procesos. Personalmente, fue una experiencia muy difícil observar el desarrollo del conflicto sin tener capacidad de evitar la escalada de violencia y las consecuencias posteriores. Aún cerrada la casa, las personas migrantes seguían llegando de a cientos buscando ayuda, por lo que fue necesario implementar un refugio temporal bajo el Puente Independencia en Tultitlán por parte del gobierno municipal.

---

Foto 4. Refugio temporal, ante el cierre del Refugio San Juan Diego, Lechería, Estado de México.



Fuente: Archivo personal, 2012.

---

Entre mis últimas visitas a la zona como parte de mi trabajo de campo acompañé a la *Caravana de Madres Centroamericanas* que buscan a sus familiares desaparecidos en México. Lechería es una parada obligatoria para la búsqueda, aún ahora siguen andando las y los migrantes por sus vías, cada vez más vigiladas, cada vez con más cercas.

# ¿La frontera urbana rural alteña?

## Una experiencia de campo en Bolivia

Mariela Paula Díaz\*  
Miguel Canaza\*\*

### El inicio del viaje: la mirada de una extranjera

Imagínense una joven de 26 años, oriunda de la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires, quien en 2010 comenzaba su trabajo de campo doctoral en la ciudad de El Alto (Bolivia). En un primer momento, me entusiasmaba viajar en Boliviana de Aviación, empresa estatal creada hacía poco. La ciudad de El Alto posee una superficie plana y ondulada, se encuentra a 4500 metros por encima del nivel del mar y está rodeada por montañas de la Cordillera Oriental de Los Andes. Son conocidos los picos nevados

\* Universidad de Buenos Aires - CONICET, Argentina, correo: madidip@gmail.com. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

\*\* Universidad Mayor de San Andrés, correo: poyesisajayu@gmail.com. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

del Huayna Potosí y el Illimani. A primera vista, “bajando” hacia la hoyada de La Paz, desde el Aeropuerto Internacional de El Alto, se visualizaban pequeñas viviendas, algunas de varios pisos, de ladrillo descubierto o de adobe. Resaltan también los Cholets, viviendas de cuatro pisos construidas para la burguesía chola emergente. Debido a su dimensión y colores, representan una nueva arquitectura andina desafiante ante la mirada oficial de la arquitectura moderna.

Foto 1. Imagen de un Cholet alteño, El Alto, La Paz.



Fuente: Archivo personal, 2017.

Por aquel entonces, El Alto era conocida no tanto por sus privaciones –al ser una de las ciudades más pobres y postergadas del país– sino especialmente por haber sido el epicentro de las jornadas de lucha aymara contra los poderes políticos y económicos del neoliberalismo boliviano. Las protestas callejeras generaron la caída de los presidentes Sánchez de Lozada y luego de Carlos Mesa, dando lugar al quiebre del ciclo neoliberal en ese país. Esta situación se replicó en América Latina, cada una con sus especificidades.

La primera imagen de El Alto, recorriendo la Ceja (su centro cívico y comercial), fue la de una zona con alta densidad edilicia y poblacional, con

calles de asfalto, con algunos charcos de agua dispersos de alguna lluvia ya lejana y con la existencia de ferias callejeras por doquier, con carpas de colores de distintas tonalidades. Principalmente las mujeres aparecían como las protagonistas de esta venta callejera en un entorno urbano repleto de transeúntes y transporte público. Me topé con decenas de minibuses con niños, conocidos como los “voceros”, quienes no paraban de gritar a un público desconocido: “A la Ceja, a la Ceja” “A Senkata”.... Sus cuerpos moviéndose afanosamente, vociferaban: “pase, pase, hay asientos...” intentando convencer a lxs pasajers para poder llenar el minibus, pues era la garantía para cobrar su pago por una jornada laboral exhaustiva. Esos niños, en general varones cuyas edades oscilaban entre los 8 y 17 años, tenían un timbre de voz muy particular que hasta hoy día retumba en mi cabeza.

Foto 2. Feria callejera alteña, El Alto, La Paz.



Fuente: Archivo personal, 2014.

Como explicó Alfred Shutz, intentamos asimilar lo extraño, lo ajeno según nuestro propio acervo de experiencias previas “a mano” y significaciones. De este modo, se entiende que mi primera percepción estuviese muy ligada a la asimilación de esta área céntrica de El Alto con las villas de la zona sur de la ciudad conocidas por mí.

## Conociendo la periferia alteña: entrecruces de miradas

Y un día me presentaron a Miguel Canaza, antropólogo de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) y referente social de la ONG SUMAJ HUASI-Para la Vivienda Saludable, institución encargada de colocar baños ecológicos en el barrio periférico El Porvenir-I (Distrito alteño n°7) carente de alcantarillado sanitario y pluvial. Juntos recorrimos este barrio en reiteradas oportunidades. De ahora en más las próximas líneas reflejan “nuestra mirada del territorio”. Por este motivo, la narración pasa de la primera persona del singular a la primera persona del plural.

Nos encontramos en La Ceja alteña y tuvimos que tomar dos minibuses para llegar a El Porvenir I, localizado en el noroeste de la ciudad. A medida que nos alejábamos del centro ruidoso de El Alto, percibíamos cómo las viviendas se volvían cada vez más dispersas, el asfalto y los adoquines desaparecían de las calles, la tierra y los charcos de agua tomaban su lugar. Por sus calles se pudieron observar además lotes sin construir, animales domésticos, no solo perros, sino también gallinas, ovejas y chanchos. A medida que la dispersión y la predominancia de la tierra fueron más evidentes, mayor fue la presencia de estos animales.

Caminando por las calles de El Porvenir I, pudimos entrever casitas bajas de adobe, además algunos pocos kioscos o almacenes atendidos fundamentalmente por mujeres. También nos encontramos con varios predios sin construir. Un día nos cruzamos con un terreno en venta y junto a un muro un teléfono. Nos comunicamos de inmediato y nos atendió la familia de la dueña, radicada en Argentina.

---

Foto 3. Predio sin construir de El Porvenir I, El Alto, La Paz.



Fuente: Archivo personal, 2014.

---

Hacia el año 2011, registramos 450 lotes, de los cuales 350 estaban construidos, y el número de familias que vivían en forma permanente era alrededor de 150. Por este motivo, era considerado un “barrio o zona de engorde”. Es decir, una cantidad importante de familias mantenían sus predios sin construir o sus viviendas deshabitadas para luego, una vez establecidos todos los servicios básicos, vender o establecerse definitivamente; mientras tanto residían en los barrios más céntricos de la ciudad y mejor equipados, o en otras ciudades latinoamericanas. De este modo, este hábitat popular de baja densidad poblacional, comercial y edilicia nos devolvía una imagen muy distinta a la del centro de la ciudad. Este barrio tenía una impronta rural muy visible que detallaremos a continuación, vinculada con el origen de los adultos del hogar, principalmente de la región circundante al lago Titicaca y del norte del altiplano paceño. En general, familiares originarios de una misma comunidad rural o provincia paceña se asientan en el mismo barrio alteño, reproduciendo así ciertas prácticas de sus comunidades de origen en la ciudad.

---

Foto 4. Las calles de El Porvenir I, El Alto, La Paz.



Fuente: Archivo personal, 2014.

---

Durante la semana, encontramos a mujeres con sus hijas e hijos, algunas elaborando ladrillos de adobe para la autoconstrucción de sus viviendas; otras alimentando a sus gallinas en las veredas del barrio; pastoreando a sus chanchos en los predios no construidos o en los espacios verdes comunes. Estas mujeres nos abrieron las puertas de sus casas de adobe y pudimos entender el lugar central otorgado al patio, ya que allí se encontraban sus sembradíos y corrales para sus animales (ovejas, chanchos, pollos), además de la única canilla (grifo) con acceso a agua potable por cañería.

---

Foto 5. Vivienda de El Porvenir I, El Alto, La Paz, Bolivia.



Fuente: Archivo personal, 2014.

---

Conocimos a mujeres que también tenían un taller de costura en sus propias viviendas, y sus productos eran vendidos en las ferias de la ciudad o por encargo a un tercero. En otras palabras, desarrollaban múltiples actividades para sobrevivir en la ciudad. Este barrio periurbano no sólo tenía una impronta rural sino también andina. Las mujeres hablaban entre sí aymara pero también el español con los de “afuera”. Se observaban así dos mundos y dos lenguajes, pero no como algo binario sino fusionado.

En síntesis, el barrio se percibía como un espacio femenino aymara y el hogar como su lugar de trabajo ¿Dónde estaban entonces los varones conocidos en el lenguaje patriarcal como los jefes de familia? Trabajando fuera del hogar, ya que consideramos que las tareas de cuidado y reproductivas realizadas por las mujeres también son trabajos, aunque no reconocidos como tal por la sociedad y por ende no remunerados. ¿Qué hacían los varones? Se desempeñaban como albañiles en La Paz o El Alto, como choferes de transporte público. Por lo tanto, nuestros paseos los domingos por el barrio eran distintos, podíamos conversar con la familia nuclear completa.

Una de las características más notorias de las familias periurbanas es la doble y hasta triple residencia por medio de prácticas plurilocales. Las familias nos contaban su tránsito entre el campo y la ciudad. En épocas de siembra y cosecha volvían a sus comunidades de origen para dedicarse a labores de agricultura en el altiplano, mientras otras se dirigían a los Yungas a cosechar o sembrar coca. La producción agrícola en las comunidades es un medio importante para la reproducción mínima del hogar en la ciudad.

En la situación de precariedad habitacional y laboral en las que esas familias se encontraban, el vínculo con el área rural se tornaba fundamental para la vida urbana. Aunque hay motivos económicos para este retorno pendular, es necesario aclarar que las comunidades rurales bolivianas tienen la particularidad de combinar propiedad colectiva de la tierra y la posesión familiar o individual de una parcela, cuestión que contrae un conjunto de obligaciones y compromisos comunitarios, tales como ocupar cargos públicos, asistir a festividades, estar presente en la cosecha y

siembra. Además, la dinámica campo-ciudad permanente y continua se vincula con la dinámica en ciudades de otros países como Buenos Aires y Sao Paulo a través de sus familiares o redes de parentesco comunitario.

Estas movilidades bolivianas urbana-rural a nivel local y transnacional constituyen estrategias familiares de reproducción en tiempos de globalización capitalista. Cabe señalar que este país hasta avanzado el siglo XX tenía un predominio rural. Fue primero la Revolución de 1952 y luego las medidas dispuestas por el emblemático Decreto Neoliberal 21060, las que desarrollaron y profundizaron el proceso de urbanización del país, denominado “urbanización de la pobreza”. De este modo, recorriendo un barrio periférico de El Alto se pudieron analizar las huellas de procesos más estructurales e históricos inherentes a la urbanización boliviana, con sus especificidades pero también con sus rasgos comunes con el proceso de urbanización latinoamericano y de los países andinos en particular.

Este hilo de continuidad no sólo con la comunidad rural de origen sino además el desarrollo de actividades rurales en un área periférica de la segunda ciudad más poblada de Bolivia, nos presentó una frontera urbana-rural. Esta categoría analítica, sin embargo, nos plantea la situación de manera binaria. En cambio, podríamos nombrar la emergencia de territorios/fronteras rururbanas en tanto mixtura de usos del suelo urbano (en este caso predomina un uso residencial, puesta en tensión por la presencia de viviendas productivas) y rural (centrado en actividades agrícolas y de pastoreo de animales en un hábitat de baja consolidación y espacios verdes comunes).

Estas prácticas rurales en un entorno o contexto urbano mantienen un hilo de continuidad con las llevadas a cabo en sus comunidades de origen, y en ambos casos son las mujeres aymaras las encargadas de las tareas familiares y/o comunitarias de reproducción. En esta dirección, las prácticas plurilocales o las movilidades residenciales pendulares nos plantea la posibilidad de indagar la relación urbana-rural como un todo interrelacionado. El hábitat (o la configuración territorial) no sólo condiciona las prácticas sociales, sino que fundamentalmente se ve

transformada por las mismas, planteando una relación dialéctica entre el hábitat y el habitar.

Por consiguiente, un estudio sobre las fronteras tiene el desafío epistemológico de romper con la visión estática, objetual y cosificadora de los territorios para incluir una perspectiva más dinámica, histórica, que incluya en su análisis las movilidades residenciales de los sujetos, las relaciones y las prácticas sociales, que son de poder y desiguales (según clase, género y etnia/raza). Por último, cabe problematizar la idea de un proceso de urbanización como una tendencia absoluta y lineal. Estos territorios rurubanos pueden entenderse como contratendencias, producto de prácticas plurilocales llevadas a cabo por migrantes empobrecidos de la ciudad.

# Crónicas de viaje: Israel-Palestina

Roxana Rodríguez Ortiz\*

Por fin tocaba la salida hacia Palestina. Había dudado mucho en cómo hacer el viaje, si sola o acompañada. Los primeros días buscaba un posible candidato de acompañante, con poco éxito. No me animé a hacerlo sola hasta que me hablaron del tour “político” que incluía *Ramallah*, *Bethlehem* y *Jericho*. Es decir, si el gobierno israelí está enterado que se hacen tours desde Jerusalén a Palestina y no ha hecho nada para evitarlo, entonces podría fácilmente tener una coartada para cuando me enfrentara de nuevo al famoso interrogatorio, previo a dejar el país, que normalmente dura tres horas, dicen los que ya han pasado por ahí. Esta aseveración, a su vez, me hizo dudar de todo el performance del interrogatorio en el aeropuerto: cómo puedes por un lado sugerir no ir a Palestina porque es peligroso, a su vez que permites que las agencias de viajes vendan los tours denominados “políticos”... Busqué en el internet y son varias las compañías que los ofrecen. Aún así, esa noche dormí mal.

\* Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), correo: roxrodri@gmail.com. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

Al levantarme no tenía ni idea del recorrido. Busqué en internet qué hacer en *Ramallah* y lo primero que apareció fue la visita al museo-casa de Mahmud Darwish, poeta palestino, me pareció un pretexto perfecto, porque además de que he leído bastante de su obra, en algún momento de mis múltiples pretensiones de investigaciones, pensé en hacer un trabajo crítico de su poesía. Así que rápido me bañé, comí algo en el camino y me dirigí a la estación de autobuses, que está en la puerta de Damasco. Ahí hay dos estaciones, la primera es la “oficial”, la que te lleva a los territorios ocupados o controlados por el gobierno de Israel, incluido *Bethlehem*, la segunda es la que te lleva al resto de Cisjordania, incluido *Ramallah*. Dar con ella es un tanto complicado porque al momento en que preguntas a alguien por la calle te expones a que te ven con mala cara.

La van es la número 19 y el costo es bastante económico. Como el pesero, en México, el chofer espera a que se medio ocupe para iniciar el recorrido. Salimos y es difícil entender que la distribución de las vías está hecha de tal forma que las que te llevan a Cisjordania quedan replegadas y al margen de las que se ven cuando viajas por territorio israelí (esto se puede apreciar incluso en el *google maps* una vez que entiendes el detalle).

Pronto llegamos a la frontera, ningún control fronterizo, situación que me sorprendió porque pensé que en algún momento nos pararían para pedirnos los papeles. Luego pensé que era lo mismo al cruzar de El Paso a Juárez. Es decir, cuando vas de regreso a México realmente no importa quién entre al país, lo realmente significativo es quien entre a Estados Unidos, o, en este caso, a Israel. Pasamos un laberinto amurallado, grafitado del lado palestino, y en breve nos encontramos en la estación de buses de *Ramallah*. Me sorprendió la cercanía que existe entre uno y otro sitio dividido por un muro. Esta cercanía cultural que fue atravesada por la ocupación del territorio.

Era temprano y la estética de la ciudad no me llamaba mucho la atención. No había programado entrevistas con ninguna organización, así que no tenía ganas de deambular por ahí. Tomé un taxi que me llevó al museo de Darwish y me sorprendió bastante. Una estructura en la punta de un cerro en tonos terracota edificada en peldaños. La bandera palestina izada en la explanada. Me emocioné. Subí y entré al museo. Una sola habitación, algunas imágenes, artículos personales, premios, constancias, libros traducidos, una pantalla que transmitía un video. Eso era todo. Me quedé un rato contemplando, tomé algunas fotografías, entré a la tienda de *souvenir*, compré un libro de poesía con ilustraciones, firmé el libro de invitados y salí.

Una visita rápida, no por ello menos significativa. En tan poco tiempo es complicado externalizar lo que implica estar en estos territorios en todos los niveles, no solo pensando en lo profesional, en el júbilo que para mí implica la esencia de esta frontera, sino también en el plano personal. En los riesgos que asumo tomar por saciar esa sed de conocimiento. Y cómo eso se traduce en un estado de bienestar, de confort, de autocomplacencia, de libertad. Tomé un par de fotos más, y salí del sitio. Busqué otro taxi que me llevara nuevamente a la estación de buses para ir a *Bethlehem*. Empezaba a tener hambre y poco humor, así que le pregunté al taxista si me podía llevar él. Me dijo que sí, negociamos el costo del viaje y nos encaminamos.

## II

Una vez puestos, me ofreció uno de sus chicles, esta vez no dudé en aceptarlo, ya entendí que es un gesto de cortesía. Le iba explicando lo que quería hacer y entendió a la perfección sin decirnos mucho. Cuando me veía tomar fotos o video disminuía la velocidad. Cuando le preguntaba por tal o cual construcción me explicaba en pocas palabras. Cuando afirmaba una obviedad solo asentía. Alrededor de hora y media duró el trayecto desde el museo hasta el centro de *Bethlehem*. Le pregunté qué significaba para él la ocupación. Me dijo que no le interesaba (mentía) que él solo se dedicaba a trabajar y a estar con su familia.

Después de un rato, me confesó que había nacido en algún lugar de lo que ahora es Israel, que tenía pasaporte palestino, pero que en realidad ese pasaporte no servía para mucho. Que solo podía ir a Jordania con él pero que tampoco le interesaba salir de *Ramallah*, ahí estaba su familia nuclear, la otra, algunos, se habían quedado en Israel. El recorrido fue ilustrador y él me iba mencionando los puntos álgidos, como el *check point* que existe cuando sales de *Ramallah* para tomar hacia *Bethlehem*. Pregunté por qué estaba ahí el ejército israelí y contestó que ellos se encargan de controlar ese paso porque *Ramallah* funciona como la capital de la Autoridad Nacional Palestina, aunque el control lo tiene Israel. El tema es bastante complejo y no solo es necesario deconstruir las capas culturales, sino también las capas de las negociaciones políticas. Al final, tantas capas hacen que el conflicto se vuelva incomprensible, lo cual, sin duda, favorece a quienes tienen el mayor armamento y la capacidad militar.

### III

Llegamos a *Bethlehem*. El chofer preguntó a otro taxista cuánto me cobraría por llevarme al *check point* de regreso a Jerusalén y nos despedimos. Comí algo en una de las terrazas de la plaza principal y hacía tiempo, había empezado a llover. No me quería mojar y tampoco sabía bien a bien qué hacer. Si ir a la iglesia, lo cual me llamaba poco la atención, o conseguir un taxista que me llevara a la zona del muro a ver los grafitis de Banksy, que ahora también son parte del servicio de visitas guiadas que ofrecen las compañías a los turistas, no solo para que los observes, sino para que también hagas tus propios dibujos. Cuando me lo contaron me pareció absurdo, pero a estas alturas del viaje ya todo me parecía una sinrazón de unos cuantos que se empeñan en controlar el territorio.

Decidí subir por la calle de las tiendas de regalos, igual me encontraba con alguno para llevar a mi familia, pero en el camino fui interceptada por un señor mayor que me ofrecía imanes con imágenes de la virgen (de esos recuerdos para el refrigerador). Ya me habían advertido de los

vendedores de la calle y su insistencia. Le dije que no varias veces y para escabullirme me metí en una iglesia pequeña, el espacio que supuestamente utilizó la virgen María para amamantar a Jesús (imagen que se expone en una de las esquinas). Un lugar fresco, como cueva y vacío. Me alegré de estar ahí, necesitaba un poco de silencio.

Al salir el señor seguía ahí. Me insistía en que le comprara, me contó sus penurias. Volví a negarme varias veces hasta que me ofreció el servicio de taxi o de guía por la iglesia. Detuve la caminata y giré para negociar con él: no me interesa la iglesia, quiero ir a la frontera. Podemos hacer un recorrido rápido por aquí y luego la llevo a donde quiera, me contestó. Acepté gustosa. Mi segundo taxista en el día que me había encontrado en el camino de mi investigación. Mohammed me metió a la iglesia de la Natividad, resguardada por la policía árabe, y como no es católico no me explicaba nada, solo me mostraba cosas que él suponía importantes para los turistas o para la geografía política del momento. Al salir me llevó a la mezquita que estaba enfrente. Primera vez que entraba a una mezquita. Me enseñó el piso donde rezan los hombres, al de mujeres ni nos asomamos. Me explicó el funcionamiento del rito y al final me sugirió leer el Corán. Asentí simplemente. Después me llevó a la “fábrica” de *souvenirs*. Un 30 por ciento más barato le va a salir todo. Error. Si te dejas embaucar pierdes. Son tan astutos para dorarte la píldora que al final terminé pagando una fortuna por un puñado de regalos nada ostentosos.

Al salir de ahí nos subimos a su auto. Un Renault blanco de los años setenta. Había sido profesor de historia y geografía. Actuaba como tal. Me dio lecciones todo el camino. Explicaba con pasión cada rincón de la frontera y había encontrado en los grafitis de Bansky un refugio a su frustración. Interpretó cada uno y desde la enunciación de la resistencia sentía orgullo de su lucha, de su pueblo. Estaba encantada con el recorrido. Visitamos no solo el muro, me explicó cómo el ejército va aislando casas, ocupando territorio, me llevó de un lado al otro de la montaña, me enseñó los nuevos territorios ocupados, que están de frente a *Bethlehem* y que son ahora destinos turísticos. Para que los extranjeros ya no se queden de este lado, sino del otro, los israelíes

construyeron tiendas y restaurantes, también hoteles. Nos quitan lo poco que tenemos de ingresos y allá todo es más caro.

Me explicó lo de los impuestos, del bloqueo, del control del agua. Depende al cien por ciento de la economía de Israel, otro tanto del mercado negro que entra por Jordania. Las pocas fábricas de material de construcción que existían las demolió el ejército israelí y la economía es de autoservicio, agricultura, algo de ganadería, trabajo de la madera del olivo (que es con lo que hacen mucho del tallado de lo que venden al turismo) y no mucho más. También me llevó a los campos de refugiados. Campos que han dejado de serlo, ahora son pequeñas ciudades perdidas al interior de la propia ciudad.

En los años noventa del siglo pasado, en los campos se podían observar las casas de campaña, después empezaron a construir cuartos pequeños por familia, pero al crecer las familias, los cuartos se hicieron casas. No solo se reprodujo la población en poco tiempo, también las ciudades fueron creciendo sin contar con una planeación o desarrollo urbano. Estos campos, uno de ellos da al cementerio árabe, son como las favelas, si entras seguro no sabrás como salir sin la asistencia de algún lugareño. Me llevó a dos, el *Ayda Refugee Camp*, cerca de la Tumba de Raquel. Otro eslabón perdido en el conflicto porque es un lugar sagrado de los musulmanes que los israelíes ya tienen bardeado y amurallado. El otro campo se llama *Al Azza*, y existe un tercero, si no mal recuerdo, que ya no conocimos.

Me contó de su familia, de la enfermedad de su esposa, de sus hijos que están en la cárcel, uno en Gaza, otro en Israel, de sus diez nietos. Al terminar me dejó en la parada del bus 231, el que va a Jerusalén.

## IV

En la parada, mientras esperaba a que saliera el bus, sentí por primera vez un gran temor. Decenas de autos llenos de jóvenes con banderas palestinas empezaron a circular en sentido contrario tocando las

bocinas. Paraban el tráfico y gritaban consignas. Me quedé paralizada. Pensé que si se les ocurría iniciar algo ahí no tendría forma de correr a ningún lado. La gente del bus tampoco sabía qué hacer, pero estaban menos asustados que yo, parece que es una imagen cotidiana. Una imagen potente de la juventud que está dispuesta a luchar. Me acordé de las últimas marchas en México, de los estudiantes desaparecidos, de la frustración que sentimos muchos con la injusticia y la voracidad del capitalismo. Incluso me alegré de verlos, ya cuando se había ido. La lucha sigue, aunque dudo que sean ellos los que salgan adelante si sus aliados no se suman para defenderlos. El chofer, que se había bajado para ver desde la altura de calle a los jóvenes, arrancó el bus y regresamos a Jerusalén. Desde la altura vi nuevamente el muro serpenteante que se empezaba a esconder, a transformar, a confundir con la arquitectura de Jerusalén. Llegamos al cruce fronterizo, más moderno que el de *Ramallah*, unas diez casetas de vigilancia sobre la autopista, donde los militares se encargan de controlar el pase fronterizo, más parecido a la garita de San Isidro, en Tijuana. El chofer paró en un costado y la gente empezó a bajar. No sabía si bajar también, hice el intento de moverme y el chofer con la mano me indicó que me sentara. Obedecí. Sólo nos quedamos la anciana que venía en el asiento de frente y yo. Los demás hicieron una fila de frente a dos jóvenes soldados. Uno de ellos se subió al bus, echó una mirada rápida. Me vio, no sabía si verlo a los ojos o no, pero como no me acostumbro a no hacerlo, le devolví la mirada. Afortunadamente llevaba lentes oscuros puestos, de otra forma hubiera visto mi cara de congojo y cansancio que ya tenía a esa hora del día. Un interrogatorio en ese momento no estoy muy segura que lo hubiera soportado. Dudó y me pidió el pasaporte, se lo ofrecí, vio el país de procedencia y se bajó del bus. Di las gracias por ser mexicana-mujer-sola-soltera-cabello-corto-cano. Agradecí a todos mis ancestros indígenas por haber diseñado el calendario solar que es el símbolo de nuestro pasaporte. Los demás fueron subiendo uno por uno después de enseñar el permiso de trabajo. Una vez arriba todos volvimos a la autopista y de un momento a otro ya estábamos en Jerusalén, el nombre de las calles ya no estaba en árabe sino en hebreo.

*Jerusalén, abril 2016.*

---

Foto 1. Entrada al campo de refugiados Ayda Camp, Bethlehem, Palestina. Al fondo se encuentra el muro de 700 km de distancia que separa Jerusalén de Cisjordania. La llave es un icono del regreso para los palestinos que perdieron su territorio durante la ocupación israelí.



Fuente: Archivo personal, 2016.

---

# Grupo de Trabajo de CLACSO

## Fronteras: movilidades, identidades y comercios

El Grupo de Trabajo CLACSO Fronteras: movilidades, identidades y comercios, se encuentra coordinado por Bruno Miranda, Mariela Paula Diaz y Yolanda Alfaro, y está compuesto por investigadoras/es y estudiantes en formación de distintos países, tales como Bolivia, México, Argentina, Paraguay, Chile, Ecuador, Alemania, Francia y Estados Unidos. Tiene como objetivo principal sistematizar y analizar la producción académica sobre los estudios de fronteras en los siguientes tres ejes analíticos:

- 1) las movilidades transfronterizas,
- 2) la producción y reconfiguración de identidades y
- 3) la circulación comercial de mercancías a través de las fronteras.

Además, nos proponemos generar canales de formación, de difusión y de divulgación sobre los tres ejes.

Consideramos que en América Latina hay un avance desigual respecto a los estudios sobre las fronteras y sus distintas dimensiones de análisis, como por ejemplo las fronteras identitarias, regionales, étnico-raciales,

entre otras. En México, en especial, verificamos un cúmulo de planteamientos teóricos y metodológicos sobre las fronteras, por este motivo se convierte en una de las referencias más importantes. No obstante, también encontramos investigaciones en Sudamérica y en otros continentes que tendremos en cuenta a la hora de elaborar un estado del arte respecto a la producción científica actual.



Boletín del Grupo de Trabajo  
**Fronteras: movilidades, identidades y comercios**

Número 1 · Junio 2020

